

Los que encontré en el camino



EL DOCTOR CARLES CARDÓ

**per
Camil Geis, prev.**

En diversas ocasiones tuve relación personal con el Dr. Carles Cardó (conocido, antonomásticamente, por el «Canonge Cardó»). Le conocí en Gerona, yo todavía estudiante, en casa del poeta Josep Tharrats, con ocasión de una conferencia o sermón, no recuerdo bien, que vino a pronunciar en nuestra ciudad.

Le traté, poco tiempo después, con motivo de alguna esporádica colaboración mía a «La Paraula Cristiana», la prestigiosa revista de altos estudios, por él fundada. Desde las páginas de aquella añorada revista mensual, saludó después la aparición de mis libros de poemas con palabras abiertamente encomiásticas. Del poema «L'antic filòsof i el modern poeta», hizo constar que lo había leído dos veces. Y no era hombre propenso a la adulación.

Como tantas otras cosas buenas, «La Paraula Cristiana» naufragó en el mar proceloso de 1936.

Después de los tres años de guerra civil, reintegrados a nuestros lares, volvimos a encontrarnos.

En 1955, vino a Sabadell al entierro del Dr. Luis Carreras: yo presidía la Comunidad Parroquial de San Félix, en calidad de Ecnómo-Arcipreste interino, y él encabezaba el duelo.

Después del entierro, tuvimos un confidencial coloquio. Hablamos un poco de todo. Recuerdo que, ente muchas otras cosas curiosas de su estancia en el extranjero, me dijo: «En Suiza tuve mucha relación con el Conde de Barcelona, Don Juan de Borbón; se interesaba mucho por las cosas de Catalunya, y, a petición espontánea del egregio personaje, fui profesor suyo de lengua catalana».

¿Quién hubiera podido predecirme en aquellos momentos que en 1960, fallecido ya el Dr. Cardó, el propio egregio alumno me confirmaría, sin que yo lo hubiera pretendido, las palabras del ilustre maestro en carta fechada en Estoril?

Véase cómo se produjo esto. Algunos escritores catalanes, sabiendo el interés que tenía por la cultura catalana, con ocasión de sus Bodas de Plata matrimoniales, le obsequiamos con sendos libros escritos en catalán. En una carta, anteriormente aludida, me daba las gracias por el obsequio de unos libros míos y, al mismo tiempo, me decía: «No sé si sabrá V. que fui discípulo en catalán del Dr. Carles Cardó (q.e. p.d.) durante mis años de residencia en Suiza y procuro no olvidar lo que con él aprendí».

Y, entre otras cosas interesantes, me informó de una que considero digna de sacar a colación: «Entre los regalos que he recibido el día 12 del actual, con motivo de la celebración de mis Bodas de Plata, los Sres. de Guardans (ella, hija de Don Francisco Cambó) me han obsequiado con una magnífica obra de la Divina Comedia, traducida al catalán, que estoy también

leyendo con gran atención». Se trataba de la edición monumental de la traducción de Josep M.^a de Sagarra.

* * *

Pocas veces se habrá podido decir que alguien con más propiedad como del Dr. Cardó, que era un gran polígrafo. Filósofo, humanista, crítico esteta, sociólogo, orador sagrado, apolo-gista, teólogo, escripturista, poeta... Y todo —en el mucho o en el poco, cuantitativamente hablando— de gran categoría. Como un nuevo Terencio, no fue nunca indiferente a ninguno de los problemas acuciantes de nuestro siglo. Para todos buscaba una solución; una solución autóctona y racional.

El gran poeta católico de nuestra época, Paul Claudel, tiene un libro de ensayos titulado «Posi-tions et Propositions». El solo título de este libro nos sugiere que en la biografía de Cardó, como en la de cualquier hombre de letras, podríamos considerar también posiciones y propo-siciones, pero no en todos como en él las posi-ciones están tan de acuerdo con las proposicio-nes.

La producción literaria del Dr. Cardó es ex-traordinariamente vasta y variada y profunda-mente densa.

Seguidor del alto magisterio de Torres i Ba-ges, nos dio, en plena, pero ya sazónada juven-tud, un sustancioso compendio de las ideas es-téticas del insigne prelado vicense, recogidas en sus obras, de las cuales él sería sabio continua-dor.

Exponente de su cultura humanística, serán unas modélicas traducciones de Séneca, publica-das en la «Fundació Bernat Metge».

Admiraremos al escripturista en las versio-nes de los Libros Sagrados que la «Fundació Bí-blica Catalana» incorporaba a su colección.

Encontraremos al teólogo y al exegeta en «L'Evangeli d'Avui», que puede ponerse al lado

de las «Méditations sur l'Évangile», de todo un Bossuet.

Nos sorprenderá el poeta místico en «El Càn-tic Nou», que le colocaba en lugar destacado en nuestra lírica religiosa.

Conoceremos a un teólogo doblado de apolo-gista, en las páginas de un «Emmanuel», digno de ser traducido a otras lenguas.

Su espíritu crítico y filosófico se nos pon-drá de manifiesto en las páginas de su «Histo-ire espírituelle des Espagnes», libro publicado en París, en 1946, dedicado especialmente a lecto-res extranjeros, páginas émulas de las más ad-mirables del «Discours sur l'Histoire 'Universe-lle» del propio Bossuet, también.

La personalidad polifacética del Dr. Cardó se nos revela con toda su grandeza en los innu-merables artículos esparcidos en las páginas de «La Paraula Cristiana» y «El bon Pastor» (re-vistas por él fundadas) y en muchas otras pu-blicaciones.

Adrede hemos dejado de hablar del filólogo. Adrede, por la sencilla razón de no ser un lin-güista en la acepción académica de la palabra, pero no podemos silenciar que su agudísimo sen-tido de la lengua le hacía consejero de lingüistas y filólogos. No es extraño, pues, que llegara a ser un gran estilista destinado a quedar uno de los mejores clásicos de la moderna literatura ca-talana. Sobre este tema —con el título de «Car-dó, estilista»— publiqué un vasto y trabajado ensayo en la «Miscel·lania Carles Cardó» que la Editorial Ariel, de Barcelona, dio a conocer en pulcra edición, en el año 1963, libro volumi-noso en el que una larga cincuentena de cola-boradores catalanes y de más allá de la región y hasta del extranjero (escritores de diversas especialidades) estudiaron las muy diversas fa-cetas de la personalidad de este gran polígrafo.

Carles Cardó i Sanjoan nació en Valls en 1884. Canónigo de la Catedral barcelonesa, mu-rió en la Ciudad Condal en 1958.